La doctrina y el deber del autoexamen

James Haldane (1786-1851)

La doctrina y el deber del autoexamen

Contenido

Introducción 3
I. Algunas observaciones generales 4
II. Propósitos y fines del autoexamen..... 9
III. Temas para guiar nuestro autoexamen..... 13

Este librito fue traducido del ingles de *The Doctrine and Duty of Self-examination* por James A. Haldane (1786-1851).

Copyright © 2025 Chapel Library. Traducido y editado por Jorge E. Castañeda. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación
2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

Para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos o para bajar nuestro material sin cargo alguno, por favor visite *www.ChapelLibrary.org* o póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
Teléfono: (850) 438-6666
chapel@mountzion.org • *www.ChapelLibrary.org*

LA DOCTRINA Y EL DEBER DEL AUTOEXAMEN

«Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?»

—2 Corintios 13:5

Introducción

El apóstol Pablo, al escribir a la iglesia en Corinto, exhorta a los conversos gentiles: «Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿No os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?». Aunque confiaba en que los corintios, en general, eran sinceros en su fe y miembros de la verdadera iglesia de Cristo, sin embargo, consideraba posible que algunos de ellos carecieran de la fe del evangelio —que se hubiesen engañado a sí mismos, y fueran objeto de la ira divina, en lugar de que su "vida estuviera escondida con Cristo en Dios".

Es algo serio para quien profesa el cristianismo reflexionar sobre esta posibilidad, pero precisamente por esto se le insta al deber del autoexamen bajo las más altas ordenanzas.

Al procurar explicar y exigir este deber, haré:

I. Algunas observaciones generales sobre el tema.

II. Consideraré el propósito que debemos tener en vista al autoexaminarnos.

III. Sugeriré algunos temas hacia los cuales deben dirigirse nuestras indagaciones al atender este precepto divino.

I. Algunas observaciones generales

1°. Consideremos que el mandamiento de examinarnos a nosotros mismos no implica que no podamos tener una conciencia inmediata de que creemos en el evangelio, y por lo tanto tener gozo y paz en el creer. La mente percibe y conoce todos sus propios pensamientos, juicios y emociones. Cuando creemos que algo es verdadero, sentimos que lo creemos; y podemos saber que creemos el evangelio de Dios, del mismo modo que sabemos que creemos cualquier informe basado en la autoridad de una criatura. Pero recordemos que, aun en los asuntos de esta vida, tendemos a engañarnos a nosotros mismos. El engaño del corazón se manifiesta especialmente en lo relacionado con las cosas invisibles y eternas; y de allí que muchos clamen: "paz, paz", cuando no hay paz.

Una causa fecunda de autoengaño en todo país llamado cristiano, es que la mayoría de las personas han estado acostumbradas desde su infancia a eso llamado evangelio y a reconocer su verdad, sin entender su significado, sin atender a su evidencia ni sentir su importancia. Podemos ser conscientes de que creemos en aquello que consideramos como el evangelio, y sin embargo estar en hiel de amargura y en prisión de maldad. Por lo tanto, es necesario que todos se examinen, no solo para saber si creen en

aquello que llaman evangelio, sino para discernir si lo que creen es verdaderamente el evangelio.

2°. Por la misma naturaleza del evangelio, así como por las declaraciones expresas de Dios, estamos seguros de que la fe en Cristo debe producir sentimientos, experiencias y una práctica que le son peculiares. La conexión entre la fe y la práctica se declara uniformemente como inseparable, de modo que la última debe corresponder siempre exactamente con la primera.

3°. En consecuencia, se han hecho grandes esfuerzos para distinguir con precisión entre la fe común y la fe salvadora. Y se ha enseñado a las personas a juzgar favorable o desfavorablemente su estado, según hayan ejercido actos de fe salvadora y no meramente actos naturales de fe. La consecuencia inevitable de esto debe ser llevar a los hombres a procurar realizar tales actos salvadores, y a confiar en ellos cuando creen haberlos realizado. Así, la mente se desvía de Jesucristo, de la gloria de Su expiación y de la misericordia de Dios revelada en Él—que es el único fundamento de esperanza—hacia una búsqueda ilusoria de algo más que calme la conciencia. De este modo se establece un sistema de justicia propia bajo el nombre de salvación por la fe.

Además, nada puede exponernos más al autoengaño. Cuando, en lugar de estar ocupados en contemplar la verdad, nuestras mentes están enfocadas en considerar la manera en que creemos, estamos bajo una fuerte tentación de persuadirnos de que nuestra fe posee todas las cualidades de la fe salvadora, y de allí obtener nuestro consuelo. Las Escrituras nos

muestran un camino más excelente. Apelan al sentido común del hombre, nos enseñan lo que hemos de creer, y describen los efectos que la creencia de la verdad debe necesariamente producir. Así, nuestras mentes están constantemente dirigidas hacia el testimonio de Dios, y se nos da una prueba mucho más inequívoca por la cual podemos comprobar si creemos el evangelio.

4°. Debemos tener siempre presente que somos extremadamente propensos a refugiarnos en la opinión de otros, especialmente de aquellos a quienes estimamos por su juicio y piedad. Las opiniones ajenas pueden ser muy útiles al cristiano. Sin embargo, a menudo es más importante considerar los sentimientos de quienes están prejuiciados contra nosotros que los de nuestros amigos.

Se requiere precaución, tanto más cuanto existe una fuerte tendencia, especialmente en aquellos que son débiles en la fe —y más aún en quienes han recibido impresiones recientes—, a estar muy atentos a las opiniones de quienes los rodean. Y se teme que muchos, al imaginar que otros tienen una opinión favorable de ellos, se vean sostenidos por esperanzas ilusorias, y se endurezcan para su propia perdición.

5°. La doctrina de Jesús se dirige al corazón, y nunca deja de afectarlo cuando es entendida y creída. No produce meramente una reforma exterior, mientras la mente permanece bajo el dominio del pecado. «Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando

cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo» (2 Co.10:4-5).

En el autoexamen, por lo tanto, debemos atender a nuestros sentimientos internos, así como a la conducta general de nuestra vida. En este punto, muchos han errado. Mientras algunos han considerado que la verdadera religión consiste casi exclusivamente en ciertas emociones mentales, sin prestar la debida atención a la conducta; otros, al observar cuán poco se corresponde la práctica de algunos con lo que profesan sentir, han desechado por completo la consideración de las emociones internas, y se han fijado únicamente en el comportamiento exterior. Ambos están en error. Al atender tanto a los movimientos de nuestra mente como a nuestra práctica, estamos en menor peligro de ser engañados. Lo uno sirve de control para lo otro. Nuestra conducta puede parecer buena en muchos aspectos, aunque proceda de un principio corrupto. Y al juzgar nuestros sentimientos sin someterlos a la prueba de la práctica, somos siempre propensos a engañarnos y a alimentar aquellos sentimientos que nos producen placer, sin considerar de dónde provienen. Solo cuando nuestros sentimientos y nuestra práctica corresponden entre sí podemos tener una satisfacción bien fundada.

6°. Debemos cuidarnos de formarnos un juicio sobre nosotros mismos a partir de observaciones parciales y aisladas de nuestra conducta. A esto somos extremadamente propensos. Siempre dispuestos a alejarnos de una consideración universal de los caminos de Dios, tendemos a descansar en una acción, o serie de acciones, como evidencia de que todo está

bien con nosotros, y así halagarnos creyendo que en verdad somos siervos de Cristo.

7°. La evidencia de que estamos en la fe es siempre susceptible de aumento. Por tanto, no debemos contentarnos con la presunción de que, en términos generales, el balance está a nuestro favor, sino buscar la evidencia más decisiva posible. No debemos adormecernos diciendo que, aunque somos imperfectos en muchos aspectos y ciertamente débiles en la fe, estamos bien en lo fundamental. Según sea la evidencia de esta imperfección o de nuestra debilidad en la fe, así será el peligro de naufragar completamente en ella.

En resumen, cuanto mayor sea nuestro progreso, menos estaremos dispuestos a admirar o depender de nuestros logros, pues nuestro estándar de santidad se elevará proporcionalmente.

8°. La revelación de Dios—que Su amor es inmutable, que los creyentes finalmente y ciertamente perseverarán, y que los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables—se abusa con frecuencia para descuidar o dejar de lado la necesidad del autoexamen. Cuando nos hallamos tibios en nuestro amor y comenzamos a apartarnos de Dios, tendemos a apaciguar nuestras conciencias con tales consideraciones. Los santos ciertamente perseverarán, pero no podemos tener evidencia de que somos del número de ellos a menos que permanezcamos en la verdad.

Las Escrituras distinguen uniformemente las operaciones salvadoras de Dios en el alma por su permanencia. Los hijos de Dios no son de los que

retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma (Hb. 10:39); mientras que aquellos que reciben la Palabra con gozo, pero no tienen raíz, se manifiestan por su tropiezo y apostasía, siendo incapaces de soportar la tentación. De allí se sigue que, cualquiera que sea lo que hayamos hecho o sufrido por el evangelio, si no permanecemos en la fe, no podemos ser salvos. Solo podemos ser salvos por el evangelio si retenemos en la memoria la verdad. Nadie, por lo tanto, puede lícitamente consolarse con las promesas de Dios—de que los creyentes perseverarán—si no está realmente perseverando y, bajo la influencia de esas promesas, ocupándose en su salvación con temor y temblor. De ahí que, en el autoexamen, la pregunta no es si alguna vez creímos en un momento pasado, sino si ahora estamos en la fe de Cristo.

II. Propósitos y fines del autoexamen

Consideremos ahora qué propósitos y fines debemos tener presentes al practicar el autoexamen.

1°. El autoexamen, entonces, no está destinado a aquietar la conciencia, a desterrar el temor servil, ni a eliminar dudas y temores sobre si somos incrédulos.

Cuando la mente teme el desagrado divino y sus consecuencias, tenemos para nuestro alivio el testimonio de Dios, que la sangre de Cristo limpia de todo pecado. Somos invitados a acercarnos al trono de la gracia para alcanzar misericordia, y se nos asegura que Cristo no echará fuera al más vil que venga a Él. Si esto no nos alivia, Dios no ha provisto otro fundamento de consuelo, y debemos tener cuidado de no buscar

otro, ya sea para nosotros mismos o para otros. Si esto no nos da paz, debe ser porque no creemos el testimonio de Dios, porque no estamos dispuestos a depender únicamente de Su misericordia gratuita y soberana. Y en tal estado de ánimo necesitamos ser despertados al temor y a los celos respecto de nosotros mismos, y ser llamados al arrepentimiento, no ser tranquilizados en nuestra incredulidad y rebelión.

2°. El objeto del autoexamen, según las Escrituras, es probar la autenticidad de la paz y el consuelo que disfrutamos.

La paz y el consuelo son los efectos necesarios del evangelio, cuando su significado es comprendido correctamente y su certeza es considerada por nosotros como indudable. Pero existe una paz falsa que puede confundirse con la verdadera. La paz verdadera surge del conocimiento de la expiación de Cristo, y está siempre vinculada a una visión profunda y viva de las cosas eternas. La paz falsa nace de la indiferencia hacia las cosas eternas; y de ello tenemos abundante evidencia en un mundo que yace bajo el poder del maligno.

Así, vemos que, aunque el autoexamen no está diseñado para restaurar la paz a la mente atribulada, sí es de suma importancia para determinar si la esperanza que tenemos es conforme a las Escrituras. Sin un autoexamen frecuente, no conservaremos por mucho tiempo una paz sólida.

3°. El objeto del autoexamen, según las Escrituras, es detectar “los males ocultos del corazón”.

Muchas concupiscencias carnales combaten contra nuestras almas. Estamos rodeados de trampas y

constantemente propensos a extraviarnos; no solo a caer en pecado abierto, sino a engañarnos a nosotros mismos, y mientras en lo exterior andamos religiosamente, no estar viviendo para Dios—continuando en una frialdad formal, sin mortificar nuestros miembros, sino, de algún modo secreto y quizá no percibido, sirviendo a la carne. Al llevar con frecuencia nuestros corazones a la prueba de la Escritura, y comparar nuestro espíritu y conducta con los preceptos de la Palabra de Dios, podremos evitar más fácilmente las trampas de Satanás y mantener más habitualmente una manera de vivir apropiada y decorosa.

4°. Uno de los grandes fines por los cuales se prescribe el autoexamen en la Escritura, es aumentar nuestro gozo en el Señor.

El gozo es un fruto del Espíritu: «Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe» (Gál. 5:22), y es de grandísima importancia, siendo muy enfatizado en la Palabra de Dios. «El gozo de Jehová es vuestra fuerza» (Neh. 8:10). Nos anima en el deber y nos sostiene en las pruebas. Impide que los placeres inocentes de esta vida acaparen en exceso nuestro afecto. Vuelve insípidos los deleites en los que se complacen principalmente los hombres del mundo, y nos alienta a dedicarlo todo al Señor, en cuyo servicio se encuentra la mayor felicidad.

Muchos no parecen estar conscientes de esto, ni de la gran importancia de tener el alma llena del gozo de Dios. Incluso lo miran con sospecha, como si procediera de la presunción, y fuera incompatible con

la humildad que debe caracterizar al discípulo del manso Jesús. Nada puede ser más falso e infundado. Tal idea solo puede surgir de la falta de experiencia del gozo que fluye del evangelio.

Es cierto que hay entre algunos profesantes una confianza presuntuosa, quienes hablan palabras hinchadas de vanidad acerca de su gozo, lo cual, ¡ay!, es tristemente demasiado evidente. Pero no por ello debemos contradecir toda la revelación de Dios, que representa el gozo como un rasgo eminente de los creyentes. Pablo nos dice que el reino de Dios es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, y exhorta a sus hermanos a regocijarse siempre en el Señor (Fil. 3:1; 4:4).

Nada recomienda más el evangelio de Cristo al mundo que el que sus seguidores estén llenos de gozo y paz. Los hombres impíos tienden siempre a malinterpretar y tergiversar la religión como algo que produce tristeza y melancolía, y han tenido demasiadas razones para ello por la conducta de muchos profesantes. Tenemos toda razón para creer que las visiones poco felices que muchos tienen de la religión surgen de no discernir la gloria y plenitud del evangelio, junto con la carnalidad de sus mentes, que los lleva a tratar de mantener tranquila su conciencia sin vivir cerca de Dios. De allí que se halaguen creyendo que su falta de consuelo es fruto de su humildad, y que los gozos de otros son producto del orgullo, si no una simple pretensión. No es raro que Satanás se disfrace como ángel de luz, y represente los frutos genuinos del Espíritu Santo como si procedieran de un corazón que no está bien con Dios.

En conclusión, parece claro que, aunque nuestra paz y gozo deben surgir enteramente, en primer lugar, de creer el testimonio de Dios, y solo pueden conservarse permaneciendo en Su doctrina, es de suma importancia y necesidad—si deseamos guardarnos del autoengaño, corregir lo que hay de errado en nosotros, aumentar nuestro gozo y, por consiguiente, nuestra actividad en el servicio del Señor—que nos examinemos de cerca y constantemente si estamos en la fe.

III. Temas para guiar nuestro autoexamen

Sugiramos ahora algunos temas hacia los cuales deben dirigirse nuestras indagaciones al dedicarnos al deber del autoexamen.

1. Preguntémonos cómo nos ha afectado el evangelio. ¿Nos da esperanza, mientras nos consideramos justamente merecedores de la ira de Dios a causa del pecado? ¿Vemos en él una respuesta a las acusaciones de la conciencia? ¿Están estas acusaciones respondidas por las consideraciones de su verdad? Este es el primer efecto necesario del evangelio, si sabemos lo que significa y lo hemos recibido no solo de palabra, sino en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre (1 Tes.1:5). Es un efecto sin el cual ningún otro puede existir, y de cuya existencia y grado dependen todos los frutos del Espíritu. Pero, aunque este es el primero en orden, nunca está solo. ¿Qué otros efectos han producido el evangelio en nuestras mentes? No me refiero a si han sido producidos súbitamente; sino si ha obrado eficazmente en nosotros, ya sea de manera más gradual

o inmediata, cambiando los objetos de nuestra búsqueda y los temperamentos y disposiciones de nuestro corazón. Muchas cosas, aun siendo muy interesantes, pueden creerse sin que el corazón sea afectado.

No así el evangelio de Cristo: este abre una nueva escena ante los ojos de todos los que lo reciben; los introduce, por así decirlo, en una nueva creación. Las cosas que antes llenaban su mente ahora parecen viles y despreciables, comparadas con las reveladas en el evangelio; y aquellas cosas que antes eran consideradas como indignas de atención, ahora parecen de suma importancia. Habiendo resucitado con Cristo por la fe en el poder de Dios que lo levantó de los muertos, el cristiano busca «las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios» (Col. 3:1). Habiendo sido regenerado para una esperanza viva de una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, se considera a sí mismo extranjero y peregrino en la tierra, y declara claramente que busca una patria celestial. ¿Es este nuestro caso? ¿Han hecho los vastos y trascendentes asuntos de la eternidad que todo lo que hay en el mundo nos parezca vano? «Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe» (1 Jn. 5:4). Si, por tanto, el mundo no está crucificado para nosotros y nosotros para el mundo mediante la doctrina de la cruz, entonces jamás hemos contemplado la gloria de esa doctrina y, en consecuencia, estamos rechazando el testimonio de Jesús.

2. Debemos examinar los principios generales sobre los cuales actuamos. La fe obra por el amor a Dios. Los creyentes son constreñidos: «Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno

murió por todos, luego todos murieron» (2 Co. 5:14); es decir, todos padecieron muerte en Él, el sacrificio sustituto, por sus pecados. «Y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Co. 5:15). Se consideran no deudores a la carne para vivir conforme a la carne; se reconocen como no siendo suyos, sino comprados por precio. Son siervos voluntarios de su Redentor, deseando glorificarlo con sus cuerpos y espíritus, los cuales son Suyos. ¿Corresponde esta descripción con nuestro carácter? ¿Qué concepto tenemos del carácter de Dios? ¿Temblamos ante Su presencia como esclavos, considerándolo un amo duro y severo? ¿O carecemos de reverencia y santo temor por Su majestad? La fe del evangelio produce el más profundo respeto y veneración hacia Dios. El creyente lo contempla como fuego consumidor, y al mismo tiempo tiene confianza en Su presencia, y es enseñado a clamar: «¡Abba, Padre!». Los consuelos del Espíritu Santo siempre se hallan unidos al temor de Dios.

¿Qué concepto tenemos del pecado? ¿Nos parece una cosa ligera, o el sentido del mismo nos impulsa al abatimiento o la desesperación? En cualquiera de los casos, podemos estar seguros, por la autoridad de Dios, de que no estamos creyendo el evangelio. El evangelio produce aborrecimiento propio a causa del pecado, y eso en grado supremo. Proporciona una visión del pecado tan espantosa, que bien puede confirmar todo temor suscitado por las más severas alarmas de la conciencia. Pero también calma esas alarmas y produce paz, gozo y viva esperanza en los creyentes, sin disminuir en nada su sentido de la malignidad y terribles consecuencias del pecado. Recordamos y nos

avergonzamos, y no volvemos a abrir nuestra boca jamás, a causa de nuestra vergüenza, cuando sabemos que Dios ha sido apaciguado para con nosotros por todo lo que hemos hecho (Ez. 16:63).

De nuevo, debemos inquirir qué cosas ocupan principalmente nuestros pensamientos: si las cosas de la carne o las del Espíritu. «Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu» (Ro. 8:5). ¿En qué dirección corren nuestras mentes? Así debemos no solo guardar, sino examinar nuestros corazones con toda diligencia. Pero, como somos propensos a engañarnos a nosotros mismos cuando juzgamos solamente por nuestros sentimientos, e imaginar que nuestras mentes son espirituales mientras nuestra conversación es carnal, debemos preguntar:

3. ¿Hasta qué punto sacrificamos en realidad todo a la voluntad de Dios? ¿Nuestra práctica demuestra claramente que buscamos primeramente el reino de Dios y su justicia? ¿Nuestra conducta deja ver que tenemos un corazón desapegado del mundo? ¿Nuestras vidas manifiestan que ni las riquezas, ni los honores, ni los placeres del mundo son el objeto principal de nuestro afecto; que no estamos conformados a este siglo, sino transformados por medio de la renovación de nuestro entendimiento? Este es el resultado cierto de aferrarse a la verdad.

4. ¿Cómo empleamos los talentos que Dios nos ha confiado? ¿Consideramos seriamente qué talentos poseemos? ¿Actuamos como quienes han de dar cuenta—sin procurar, por un lado, ostentarlos para adquirir honra para nosotros mismos; ni, por otro, por

pereza o falsa humildad, dejar de usarlos porque son pequeños o insignificantes, o porque no provocan la admiración de los hombres? ¿Los empleamos con conciencia, con la mira puesta en la gloria de Dios? Esto abre un amplio campo para el autoexamen.

5. ¿Cómo soportamos las pruebas que Dios dispone para nosotros? ¿Somos como el novillo no acostumbrado al yugo? ¿Desmayamos en el día de la adversidad, o nos irritamos bajo nuestras aflicciones? ¿O despreciamos la disciplina del Señor, soportando la aflicción con una firmeza hosca y estoica, endureciendo nuestra mente frente a la decepción? Es característica del creyente "gloriarse en las tribulaciones" (Ro. 5:3), considerarlas leves y momentáneas, no dignas de ser comparadas con el eterno peso de gloria mucho más excelente que estas aflicciones están produciendo (2 Co. 4:17-18). El lenguaje de la fe, por lo tanto, será siempre: "¿No he de beber la copa que el Padre me ha dado?". El creyente, sabiendo que todas las cosas ayudan a bien a los que aman a Dios, da gracias en todo. Ha aprendido a estar contento cualquiera que sea su situación. Su alma es como la de un niño destetado. Aunque sienta profundamente la vara de su Padre celestial; aunque pueda estar, tal vez, afligido en gran manera por múltiples pruebas, sin embargo, se regocija mucho, añadiendo fortaleza y paciencia a la fe.

6. ¿Cómo actuamos hacia nuestros hermanos? «Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso; porque el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?» (1 Jn. 4:20). ¿Consideramos a Cristo como nuestro gran modelo, a quien estamos obligados a

imitar haciendo el bien a todos según tengamos oportunidad, y especialmente a los de la familia de la fe? ¿Amamos realmente a los discípulos de Jesús? ¿Los estimamos como lo más excelente de la tierra? ¿Nos asociamos con ellos, y damos testimonio de nuestro amor por medio de todo acto de bondad que esté en nuestro poder? Nada define mejor el carácter que la compañía con la que nos deleitamos en asociarnos. Tendríamos que salir del mundo para evitar completamente a los impíos. Pero su compañía no es para el cristiano una cuestión de elección ni de satisfacción. Él es consciente del peligro al que lo expone, y está siempre temeroso y vigilante de sus efectos.

Si el autoexamen se lleva a cabo correctamente, el resultado será siempre un profundo sentido de nuestra pecaminosidad y una convicción creciente de nuestra constante necesidad de misericordia perdonadora. Esto debe ser así incluso en el caso del individuo más celoso, circunspecto y concienzudo. Cuanto más estemos convencidos del fundamento racional, y más impresionados por la sabiduría y excelencia de los mandamientos de Cristo, y cuanto más conozcamos la felicidad de aquellos que los obedecen, con mayor severidad nos condenaremos a nosotros mismos y lamentaremos no haberlos considerado hasta ahora como debiéramos.

Si, al examinarnos, tenemos razón para concluir, o si sospechamos, que no estamos en la fe, es nuestro deber presente creer en Jesús, quien murió por los impíos, y confiar confiadamente en Él para salvación. Nada que podamos hacer o sufrir puede prepararnos mejor para recibir el testimonio de Dios. La salvación

es proclamada a los hombres como pecadores. El evangelio se dirige a todos, en las circunstancias en que los encuentra. Ciertamente no podemos disfrutar de las bendiciones que comunica sin fe, pero no necesitamos otra calificación para la misericordia divina sino culpa y miseria; y si soñamos que la tenemos, o que alguna vez llegaremos a poseer alguna otra, nos estamos engañando a nosotros mismos. Solo el orgullo y el amor al pecado, con la ceguera y el error que les son inseparables, impiden a todos los hombres recibir con gozo el evangelio. Desean tener algo de qué gloriarse; desean sentir algo que les dé derecho a creer. Pero al hacer esto, yerran, no conociendo su propio carácter, ni la gracia de Dios.

Algunos objetan: "No podemos creer; la fe es un don de Dios; nadie puede venir a Cristo si el Padre no lo trae". Esto es verdad y, entendida correctamente, es algo que todo cristiano debe sentir y creer. Pero se teme, que muchos malinterpretan y tuercen estas Escrituras para su propia perdición. Lamentan su incapacidad como si fuera una desgracia, y no su culpa, y luego tranquilizan sus conciencias considerando la incomodidad que sienten como una evidencia de que hay algo bueno en ellos hacia Dios, y que a su debido tiempo todo estará bien.

Pero ¿en qué consiste esta incapacidad? Podemos recibir el testimonio de los hombres; podemos conducirnos cada hora por fe en la veracidad humana; ¿y por qué no podemos recibir el testimonio de Dios? ¿Es acaso menos sólido o más cuestionable? ¿Estamos sometidos a una necesidad invencible de considerar mentiroso al Dios de verdad? No; pero Su evangelio desprecia todo aquello a lo que estamos apegados.

Ofende el orgullo del corazón humano. Describe nuestra justicia como trapo de inmundicia, y proclama salvación al más sobrio y decente en los mismos términos que al asesino y al sensual; no reconoce diferencia alguna entre los hombres como recomendación a la misericordia divina. Así elimina toda gloria humana y corta toda ocasión de jactancia. Por eso Cristo es piedra de tropiezo y roca de escándalo, y Satanás, en forma de ángel de luz, sugiere a aquellos que están cegados por él, que como esta doctrina confunde todas las distinciones morales y desprecia la virtud humana, no puede venir de Dios.

A esto se añade que el evangelio no hace concesión alguna a los deseos de la carne ni de la mente. No perdona ni al ojo derecho ni a la mano derecha, sino que proclama liberación completa de todo pecado. Esta salvación no es futura, sino presente. Ahora bien, suponer que un hombre impío desea sinceramente ser hecho santo, es suponer que ama la santidad, cosa que las Escrituras niegan de manera uniforme. Entonces, si la incapacidad del pecador para creer consiste en el orgullo y el amor a la iniquidad, es evidente que, lejos de ser una atenuante, es el mayor agravante de la incredulidad. «Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden» (Ro. 8:7). Y, sin embargo, este Dios, contra quien los hombres son enemigos, compadeciéndose de su condición arruinada, ha dado a Su Hijo para morir por los pecadores, y les ruega que se vuelvan a Él y vivan. Pero ellos no pueden siquiera pensarlo; no hallan en su corazón disposición para reconciliarse con Dios; y tranquilizan sus conciencias

alegando: “Soy tentado por Dios; Él es quien me incita a pecar; soy incapaz de creer”.

Cuando estos hombres objetan que no pueden creer y que la fe es un don de Dios, sus ideas son totalmente distintas de lo que las Escrituras quieren decir con esas declaraciones. Naturalmente, consideramos la fe como algo que ha de recomendarnos al favor de Dios. Por más cegada que esté la mente humana, pocos logran persuadirse a sí mismos de que pueden guardar perfectamente Su santa ley. Piensan que pueden hacer algo, aunque no lo suficiente, y procuran establecer su propia justicia bajo el nombre de fe, la cual, aunque imperfecta, consideran una obediencia aceptable. Sin embargo, si sus conciencias continúan intranquilas, se refugian en el engaño de que deben esperar hasta que Dios les conceda la fe. Tales personas aún necesitan aprender que están completamente perdidas y arruinadas; y hasta que no vean que este es su caso, la predicación de la cruz les parecerá locura. Mientras tanto, sueñan con hacer lo que puedan para obtener la fe, y así intentan comprar las bendiciones de la salvación. Pero a los incrédulos nunca se les requiere en las Escrituras que utilicen medios para creer. Esto sería, en realidad, una contradicción de todo el evangelio. Sería un mandamiento a los hombres para que procuren establecer su propia justicia y tratar de reconciliar a Dios con ellos; como si Él fuese su enemigo, mientras ellos deseasen Su amistad.

Se nos enseña en el evangelio que no podemos hacer nada, ni más ni menos, para obtener el favor de Dios; que estamos desprovistos de toda buena disposición; que nuestros corazones están llenos de

enemistad contra Él; y que el único obstáculo para ser reconciliados es nuestra aversión a la reconciliación. Él manda a toda criatura confiar en la obra consumada de Cristo, la cual ha declarado suficiente para la remisión de pecados, por más graves que sean. Y mientras los hombres desobedezcan este mandamiento, muestran claramente, sea cual sea su profesión de fe, que aman más las tinieblas que la luz, que aborrecen tanto a Cristo como a Su Padre. La vida eterna es predicada a todos como un don gratuito mediante Jesucristo; y aquellos que la rechazan, muestran claramente que prefieren la satisfacción de su orgullo y pasiones malignas antes que el disfrute de las bendiciones de la salvación de Cristo.

Por el engaño del corazón humano, muchos que no creen imaginan que desean ser libertados del pecado. Pero si el poder del pecado en el corazón es tal como las Escrituras lo afirman de manera uniforme; si los hombres están completamente bajo su dominio—impíos y sin fuerza—hasta que Cristo los libere; y si solo aquel que cree es así libertado por Cristo, entonces es absurdo suponer que algún incrédulo desea verdaderamente la salvación. Puede que desee ser librado de algún pecado particular que le acarrea molestias, pero el dominio de la iniquidad está tan firmemente establecido en su corazón que no puede desear verdaderamente ser libertado de su esclavitud, la cual consiste enteramente en sus inclinaciones depravadas.

Algunos suponen que cuestionar su propio estado es rechazar el testimonio de Dios, y así descartan todo autoexamen. Según ellos, dudar de su salvación eterna es hacer a Dios mentiroso. Pero Dios no ha testificado

a ningún individuo en particular que será salvo. Su testimonio es verdadero, lo crean los hombres o no: que quien cree en Jesucristo no perecerá jamás, sino que tendrá vida eterna. De allí la necesidad de inquirir: ¿Estoy en la fe?

Otros, que no llegan tan lejos, aceptan con demasiada facilidad que toda sospecha respecto a su estado espiritual es una tentación, de la cual procuran deshacerse lo más pronto posible. Pero tales personas deben recordar que sus temores pueden estar perfectamente bien fundados. En la medida en que su conducta y conversación no se correspondan con lo que las Escrituras declaran ser inseparable de la fe en la verdad, tienen motivo para dudar, para escudriñar y para examinar sus caminos. Es cierto que todas las dudas acerca de nuestro interés personal en Cristo tienen su origen en la incredulidad.

Si estuviéramos plenamente persuadidos de la verdad del evangelio, si nuestros ojos estuvieran siempre fijos en él, si percibiéramos siempre con claridad la gloriosa plenitud y gratuidad de la salvación de Cristo, nos regocijaríamos constantemente con gozo inefable y glorioso; y también seríamos santificados proporcionalmente por la verdad, abundaríamos en toda buena obra, y así poseeríamos la plena certeza de la esperanza que Dios ha proclamado en el evangelio. Es por no discernir la gloria de esta doctrina que, en cualquier momento, dudamos de alcanzar la bienaventuranza eterna. Pero no mejoraremos nuestra situación engañándonos a nosotros mismos y concluyendo, sin razón ni evidencia, que, a pesar de nuestra inquietud, todo está bien con nosotros.

Debemos considerar esas dudas como síntomas de algún desorden interno; y recordar que tenemos en todo momento a un Médico todopoderoso a quien podemos acudir con confianza, cuya habilidad es suficiente para el caso más desesperado; y que, creyendo en Él, ningún pecador de la raza humana perecerá jamás, sino que indudablemente obtendrá vida eterna. Amén.